

LA NOVELA SEMANAL



WERATHER Y DON JUAN
Por José Ingenieros.

AÑO I

PRECIO: **10** Centavos

N.º 7

EAU DE COLOGNE RÊVE ROSE



Frasco Grande

\$ 3.20

Frasco Medio

\$ 1.95

Frasco Cuarto

\$ 1.45

Frasco Chico

\$ 0.40

Pídanla en todas las buenas Perfumerías y Farmacias

La Novela Semanal

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires

UNICO CONCESIONARIO PARA LA VENTA EN LA CAPITAL FEDERAL
LUIS B. GALBAN

Agente en Montevideo: **C. CHECHI**
FLORIDA, 1408

Agente en Rosario: **CELEDONIO E. CHAVES**
SAN LORENZO, 1280

APARECE TODOS LOS LUNES
CON UNA OBRA COMPLETA E
INTERESANTE DE LOS MEJORES
△ ESCRITORES ARGENTINOS △

PUBLICADAS

1. **Una hora millonario** de E. García Velloso
2. **La Huelga**, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviria)
3. **Artemis**, de Enrique Larreta
4. **Una madre, en Francia**, de Belisario Roldán
5. **Luna de Miel**, de Manuel Gálvez
6. **La Psiquina**, de Ricardo Rojas.

El Lunes próximo se publicará

“EL COFRE DE EBANO”

de ALEJANDRO SUX

NOVELA INTERESANTISIMA por su argumento de tetrige

SUCESIVAMENTE

9. **Un peón**, de Horacio Quiroga.
 10. **El Instinto**, de Pedro Sonderegger
-

PRECIOS

Por ejemplar \$ 0.10

Atrasado \$ 0.20

Suscripción única, por año \$ 5.—



Cuide su Cabello

— Use la verdadera —

Loción Higiénica de Eucaliptus

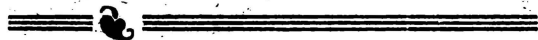
— DE —

RUIZ Y ROCA

**NO HAY NADA MEJOR, QUITA TOTALMENTE.
LA CASPA. EVITA LA CAIDA DEL CABELLO.**

— Pídase en Farmacias, —

Peluquerías y Perfumerías



DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO

Señores Directores de "La Novela Semanal".

De mi consideración:

Ignorante en absoluto del arte difícil de escribir novelas, y no siendo cultor de género alguno propiamente literario, me es imposible complacer a Vds., como desearía. Si, a pesar de ello, creen que mi nombre puede contribuir al éxito de su simpática iniciativa, cederé gustoso para su colección una de mis conferencias sobre psicología de los sentimientos, pronunciada en la Universidad en 1910 e inédita hasta la fecha.

Su noble propósito de abaratar la edición de producciones argentinas, merece aplauso y estímulo; sin vacilar asociaré mi nombre a su esfuerzo, entendiendo que difundir el libro es una verdadera función de gobierno espiritual.

Saluda a Vds. muy atte.

JOSÉ INGENIEROS.

WERTHER Y DON JUAN ⁽¹⁾

CONFERENCIA INÉDITA DE

JOSÉ INGENIEROS

I. — *La personalidad sentimental.* — II. — *Werther.* — III. — *Don Juan.* — IV. — *Ni Werther ni don Juan.*

I. — LA PERSONALIDAD SENTIMENTAL

Lucrecio, disertando sobre "la naturaleza de las cosas", ve en el Amor una suprema ley, noble y cruel, magnífica y temible, que pone frente al placer la melancolía de perseguir un ideal, sin alcanzarlo jamás. Ley de las leyes, sin duda. Es normal que uno o más episodios de amor compliquen toda existencia humana; cabe mirar como una vida estéril y absurda la que nunca ha sido afebrada por este sentimiento.

(1) Esta conferencia forma parte de un curso sobre psicología de los sentimientos, profesado en 1910 en la Facultad de Filosofía y Letras. La inseguridad de completar el trabajo, redactando algunas lecciones conservadas en ligeros apuntes, nos induce a publicar separadamente las que alcanzaron una redacción definitiva.

Acerca de él conocéis ya el vario parecer de los filósofos, desde Platón hasta Schopenhauer, y habéis leído con provecho diversos ensayos casi experimentales, género en que Ovidio y Stendhal fueron maestros. Entre todas las manifestaciones de la vida afectiva, ninguna hay más estudiada. Si ha descubierto alguno sus raíces en las tendencias instintivas, otro ha descrito las emociones que siguen a la excitación de los sentidos, este ha analizado cómo se forma el sentimiento amoroso propiamente dicho, y aquél, en fin, ha contado cómo elabora la imaginación humana ciertas representaciones vacías de contenido real. Pero todos, filósofos, sabios, artistas, han coincidido en señalar dos grandes temperamentos de enamorados: los que aman para su desdicha y los que aman para su felicidad, Werther, el pesimista, y el optimista Don Juan.

Con mucho follaje de imaginación y poca raigambre en el instinto, Werther es víctima de su incapacidad para obrar en la hora oportuna; la demasiada rumiación mental le paraliza. Don Juan, con fuerte pujanza de instintos y exigua fronda imaginativa, triunfa siempre por su tacto oportuno y porque en todo deseo suyo hay ya un comienzo de acción. Werther divaga, Don Juan ejecuta. Y — no lo dudéis — casi todos los que dicen venerar a Werther y aborrecer a Don Juan, mienten; ningún hombre conocéis que prefiera ser Werther a ser Don Juan, y toda mujer normal preferiría ser engañada por el segundo a ser aburrida por el primero. Por su condición de vencido Werther es muy alabado, como todos los sujetos inofensivos; Don Juan es envidiado, en la suya de constante vencedor.

Mirad en torno vuestro. Todos los que aman poseen uno de esos dos temperamentos, predominando en algunos los sentidos y en otros la imaginación. Se es más Werther o más Don Juan. No se ama como se quiere; se ama como se puede. Cada vez que en un hombre nace un nuevo amor, puede asegurarse que tendrá ciertos caracteres comunes a todas las manifestaciones de la vida afectiva. Estudiando cómo florecen las sentimientos, por qué se transforman, cuando mueren, se advierte que en cada individuo, como producto de su herencia y de su educación, se forma naturalmente una *personalidad sentimental*.

Todo ser humano hereda al nacer determinadas tendencias instintivas: la afectividad común a la especie y las variaciones de raza, sociedad, familia. Su conjunto constituye el temperamento afectivo, que es una predisposición inicial para desenvolver de cierta manera los sentimientos individuales. Las diversidades del temperamento revelan desigualdades hereditarias.

La educación sentimental, en su sentido más lato, es el proceso continuo de adaptación a los sentimientos ajenos, en el curso de sucesivos episodios amorosos que van formando la experiencia de cada individuo. La repetición de amores homogéneos crea verdaderos hábitos afectivos.

Con un temperamento y una educación determinados, se conviene Werther o Don Juan. La experiencia sentimental se enriquece por la sucesión de episodios de amor; todos los pasados constituyen una base permanente para los venideros. Quiere esto significar que, en un dado momento de la vida humana, la personalidad sentimental es la confluencia de todos los episodios de amor que durante la vida han modificado el temperamento nativo. Por eso, al ser amado, cada amante cosecha el trabajo de los que le precedieron y siembra para los que le seguirán.

Hablemos un lenguaje más sencillo. Hay desiguales aptitudes amorosas, debidas al temperamento: amantes tiernos e imperativos, tibios e impetuosos. Hay diferencias de educación amorosa, según la distinta experiencia personal: torpes y refinados, tímidos y audaces. Y hay variaciones de la personalidad sentimental en un mismo amador, ya que en los episodios sucesivos, además de variar sus aptitudes y su educación, el conjunto es diversamente afectado por el objeto del amor, siempre distinto.

La personalidad sentimental es, en suma, el resultado de las variaciones del temperamento mediante la educación. Siendo distintos los temperamentos, hay entre las personalidades cierta "desigualdad individual". Siendo diversa la educación, tienden las personalidades hacia la "diferenciación individual". Siendo incesante la educación, cada personalidad es objeto de una constante "variación individual". Cada enamorado ama de diversa manera en los distintos momentos de su vida.

* *

Este capítulo de psicología de los sentimientos sería incomprendible si prescindieramos de examinar las *desigualdades de temperamento* que influyen sobre la formación de la personalidad sentimental. ¿Cómo y por qué el amor es en el uno una aura tibia y en el otro ciclón devastador, picaresco entretenimiento o desesperante obsesión, ensueño quimérico o apetito insaciable, beatitud idílica o agitación ansiosa? Este sentimiento, en efecto, se nos presenta como un rayo de luz interceptado por un prisma individual, mostrando en variados matices un iris de policromía infinita.

Esas diferencias explican la diversidad de opiniones acerca del amor. Las cosas del sentimiento, más que otras, se ven coloreadas por el cristal con que se miran, observación antiquísima, que no escapó a la perspicacia de Platón.

En su *Lysis*, cuya autenticidad parece indudable, presenta un cuadro animado del amor, preludiando a la teoría erótica que desenvuelve en su *Simposium*, diálogo realmente magnífico y acaso una de las más elocuentes manifestaciones artísticas del genio platónico. Conocéis su argumento. Un grupo selecto de amigos se reúne en casa de Agatón, para celebrar el primer éxito del poeta en la escena; considerando que tan feliz acontecimiento merece el más alto homenaje, Fedro, que es de la partida, propone suspender los sacrificios a Baco y despedir a la flautista, para consagrar las mejores reflexiones a la alabanza de Eros, dios del amor.

Basta leer la admirable interlocución platónica para comprender que el sentimiento amoroso, aunque formado en todos los hombres sobre la base del instinto, se modifica en cada uno a través de múltiples factores personales.

Para Fedro, que inicia el diálogo, el amor es el eje de toda la existencia. Piensa como joven: los deseos y las aspiraciones humanas convergen a la pasión amorosa. El sentimiento del honor nace de ella; ningún estímulo la iguala; toda pena es menos amarga que las penas de amor. El enamorado ante nadie enrojece tanto por una acción villana como ante la persona que ama: un ejército de enamorados sería invencible. Habla Fedro con la palabra febril de la juventud, como puede hacerlo un hombre cuya sangre hierve sobre la llama de una pasión.

Con la madurez propia de su edad repícale Pausanias, reprochándole de confundir dos especies distintas de amor. El uno te-

renal y sensualista, igualmente extensible a las mujeres y a los efebos; idealizado el otro, combinación extraña del sentimiento intelectual con el amoroso, exclusivamente masculino, por ser los hombres los seres más bellos e inteligentes de la creación. El amor aparece aquí bajo una forma intelectualizada, sirviendo de guía a los sentimientos morales y estéticos, convergiendo hacia la veneración del ingenio y de la virtud. Digamos, de paso, que las palabras de Pausanias reflejan ciertas perturbaciones del sentimiento inexplicables en otra época; en el "amor griego" sólo podemos ver una degeneración colectiva del instinto o una orientación enfermiza del sentimiento amoroso.

Eriximaco, médico y naturalista, habla en seguida y pide sus argumentos a la filosofía natural. Para él todo lo que existe en la naturaleza encierra gérmenes de amor y tiende a complementarse con su contrario, el calor con el frío, lo seco con lo húmedo, el movimiento con la quietud; en una palabra: el amor es el resultado de la "ley del contraste" en la naturaleza, ley que muchos siglos más tarde transmutaría Goethe en su teoría de la afinidad electiva".

Replicale Aristófanes en términos de basta comicidad sosteniendo que el amor es "la unión de los semejantes". Inventa para ello la humorística fábula de que el género humano se componía primitivamente de tres sexos: hombres, mujeres y andróginos; los últimos eran seres dobles, agilísimos, fuertes, orgullosos, a punto de amenazar la soberanía de los dioses. Estos, entonces decidieron dividirlos en dos... y desde esa época cada mitad anda por el mundo buscando su complemento, hipótesis, burlesca que el vulgo traduce, definiendo a cada hombre o mujer como una "media naranja" que vive con la obsesión de encontrar la otra mitad.

La extravagancia de Aristófanes contrasta con la mesura de Agatón, en cuya elocuencia se descubre a un digno discípulo de Gorgias. El amor parécete un sentimiento exclusivo de la juventud, delicado, tierno, tan ajeno a la vejez como a las almas groseras. Habla como artista y como poeta, con más riqueza de imágenes que profusión de ideas, cayendo al terminar en un recargado amaneramiento de estilo con que Platón se propone criticar el retoricismo fomentado por los sofistas.

En boca de Sócrates, que cierra este diálogo, pone Platón su propia teoría del amor: es la inclinación a lo bello y lo bueno, estando implícita en lo bueno la verdad. Le parece el sentimiento más eficaz para la exaltación de las virtudes humanas; un amor puro, emancipado de los sentidos, lleva a buscar la Belleza y la Verdad en sí mismas, libres de todo oropel perecedero, acercándonos a los dioses y a la inmortalidad.

Cuando va a replicarle Aristófanes, entra en escena Alcibiades y, después de elogiar a Agatón por su triunfo, dirige a Sócrates aquel discurso en que Platón se revela magnífico artista, pocas veces superado. Lo habéis leído, sin duda.

En el *Símposium* y en el *Fedro*, cuyo tema es la misma teoría del amor platónico, domina el concepto del efebismo; justo es no callar que ante la orientación normal del instinto, resulta una verdadera monstruosidad sentimental.

Conviene decirlo. El elogio debido a su valor estético no compensará nunca las graves censuras que merecería por su sentido moral. Platón es, ante todo, un modelo literario; sólo es un modelo como filósofo para quienes conciben la filosofía como un arte

complicado, más bien que como una ciencia superior. El pensamiento antiguo reaccionó muy pronto contra la absurda teoría sensuosa sobre el amor, volvió al buen cauce, proclamando la excelencia del amor conyugal y asentando el sentimiento sobre las bases naturales de la conservación de la especie.

Esta mención del *Simposium*, como comprendéis, sólo nos sirve para poner de relieve que el amor es diversamente sentido y pensado para cada individuo; que no existe "un amor", sino tantos "modos de amar" como personas. En el "amor" se abstraen atributos comunes a los sentimientos de todos los que aman; los "amantes", distintos por su temperamento, son la única realidad concreta accesible al estudio de los psicólogos.

*
*
*

La diversa *educación sentimental* tiende a diferenciar las personalidades afectivas. El "analfabetismo del corazón" dura poco en los individuos normales. La madurez se anuncia con manifestaciones inequívocas: deseo de agradar al otro sexo, pudor defensivo en la mujer, anhelo de conquista en el hombre. Circunstancias muy especiales, y sobre todo una educación torpe, pueden impedir que se adquiera la experiencia sentimental y que algunas ráfagas de amor estremezcan la juventud; en esos casos la ignorancia amorosa persiste y si se prolonga después de la madurez los individuos vagan por el mundo como cuerpos sin sombra, ignorando la ruta de su propio destino afectivo. El caso es raro en las mujeres, rarísimo en los hombres.

La formación de la personalidad amorosa implica una elaboración delicadísima; la hipocresía convencional suele dejarla librada al azar, aunque todas las ventajas estarían en pro de su disciplina racional. Una prudente educación del amor evitaría que éste fuese para muchos una simple fiesta de los sentidos esclavizados por el instinto, y que para otros llegara a ser una platónica representación independiente de su base instintiva; la sensualidad y la castidad son dos anomalías igualmente nocivas, por contrarias a la naturaleza: "los sentidos no conducen al amor, pero el amor sin participación de los sentidos es un fantasma incorpóreo", según dijo De Hartmann.

Sea cual fuere el desiderátum de una buena educación sentimental, en la práctica la experiencia se adquiere empíricamente y se va enriqueciendo por sí misma, en unos más que en otros. Cada polarización del sentimiento, cada episodio de amor, va dejando un rastro, una huella, que se refunde y sistematiza en una imagen sintética de la experiencia amorosa: el ideal. Todo amor sentido antes sirve de pauta a un sentimiento actual y converge a la resultante definitiva en que se polariza el sentimiento, hasta llegar a la concordancia entre el ideal y una realidad que no lo contradiga. Convergen, pues, muchos amores antiguos en la composición de un nuevo amor; el primero deja un rastro más neto, porque es más sencillo y no es complicado por otras experiencias anteriores; los amores siguientes, en igualdad de circunstancias, son cada vez menos simples, y sus rastros se refunden con hábitos sentimentales previamente adquiridos.

Una experiencia excesiva no es conveniente para la educación sentimental; impide la formación de un ideal. Por eso puede fijarse una edad en que se alcanza la conciencia máxima del ideal constituido en el curso de la experiencia; Balzac parece haberlo presen-

tido en sus divagaciones sobre *La mujer de treinta años*, y es indudable que en el hombre la plenitud sentimental es generalmente perfecta a los treinta y cinco. Antes de esa edad somos frágiles mariposas atraídas por todas las llamas, sin sospechar siquiera en cuál de ellas acabaremos por quemar definitivamente nuestras alas.

Digamos, para terminar, que a cierta edad se produce una involución natural del sentimiento, similar a la involución de la memoria, del razonamiento y de toda la vida mental; bórranse más pronto las adquisiciones recientes y reaparecen cada vez mejor perfiladas las experiencias más antiguas: la imagen de los primeros amores se hace más nítida en la vejez, como el recuerdo de las primeras amistades, los primeros éxitos, los primeros versos leídos, las primeras esperanzas.

La educación sentimental es, pues, el resultado de múltiples ensayos; cada vez que un amor retoña en nosotros creemos que ese gajo será el definitivo, equivocándonos siempre con la misma buena fe, hasta que la experiencia se polariza por sí misma en un ideal estable.

*
**

Antes de distinguir cualitativamente a Werther y a Don Juan, conviene establecer que ambos pertenecen a la categoría de los grandes amadores, equivalentes en el orden afectivo a los que suele llamarse ingenios y talentos en el orden intelectual. Por su *capacidad de amar* descuellan entre la masa de los enamorados comunes, temperamentados medianos, ni insensibles ni apasionados, ni tiernos ni bruscos, ni seducidos ni seductores. Para los más, el sentimiento amoroso es un accidente del deber social llamado matrimonio, y algunos teólogos enseñan que al cumplir ese deber aparece el amor espontáneamente; de esta singular doctrina son víctimas predilectas las mujeres, así expuestas a ser madres sin haber amado a sus maridos. Flaubert nos dió una personificación tristísima de la mediocridad sentimental, en el infeliz Bovary. ¿Le recordáis? "Vive blandamente en una especie de continua somnolencia, vagamente satisfecho de vivir, hasta el día en que una profunda herida lo iniciará en el dolor, atrozmente primero y sordamente después, y por esa herida se escurrirá gota a gota toda su savia, y se inclinará hacia la tierra, gradualmente, hasta acostarse en ella como una hoja desecada..." El marido de la Madama famosa es un ser vegetativo, sin placeres ni penas intensas, sin instintos hondos, sin ternuras finas, incapaz de sensualidad ni de quimeras, y, para colmo, marido de una Manon fracasada por no haber encontrado a tiempo su caballero Des Grieux.

No creáis, sin embargo, que el señor Bovary es un personaje despreciable; es vulgar, simplemente; como él hay millares de maridos tranquilos, incapaces de sentimientos que comprometan su única aspiración bien definida: la tranquilidad. Debajo de esos innumerables Bovary existen los "retardados sentimentales", los imbéciles del corazón, los idiotas. En éstos es absoluta la incapacidad de amar: no aman, no pueden amar jamás, como si careciesen del instinto que sirve de base a la formación del sentimiento amoroso.

La imbecilidad sentimental es menos honda; el instinto existe y se manifiesta por tendencias, pero los individuos son incapaces de orientarlas hacia la constitución de sentimientos definidos. No son ciegos para el amor, pero son miopes. Su incapacidad de amar es-

triba en la ineducabilidad de las tendencias, en la imposibilidad de polarizarlas eficazmente. Pueden conocer el deleite de los sentidos, porque poseen el instinto; pero nunca logran tener sentimientos, porque no saben educar sus tendencias nativas.

En un plano superior al de esas manifestaciones rudimentarias de la vida sentimental, encontramos a los que poseen aptitudes excelentes y cuya capacidad de amar es proporcional a su educación, variando desde la impericia hasta el refinamiento. Para estos "amantes inteligentes" tiene particular importancia el problema de la educación sentimental, pues de nada sirven las mejores aptitudes si no son bien orientadas desde la juventud.

Nadie negará que una misma educación afectiva produce resultados distintos, según los individuos: junto al amante inteligente existe el excepcional, de verdadero talento. Suele decirse "que tiene gancho"; es capaz de sentir y provocar mayores sentimientos con igualdad de esfuerzo.

En la cumbre están Werther y Don Juan. Nos costaría admitir que existen verdaderos genios del amor, aunque Ribot enseña que existen genios afectivos. El amante extraordinario carece de función social, es un simple fenómeno individual; un amor sublime interesa a la persona amada, pero no a la sociedad. Sólo en el caso de organizarse una educación del sentimiento esos genios serían los grandes modelos representativos, los tipos presentados a la imitación de los que van formando su experiencia amorosa.

*
**

Sea cual fuere la capacidad de amar, puede hacerse otra distinción tan importante como la anterior. Cuando las tendencias instintivas son fuertes, como en Don Juan, es seguro el predominio de las sensaciones sobre las representaciones; se ama con todo el organismo y el amor es sentido como expresión de emotividad, como voluptuosidad. En cambio, cuando esas tendencias son leves y la imaginación predomina sobre los sentidos, se ama cerebralmente, como Werther; y no es el deseo de la posesión lo que impulsa a amar, sino la inquietud de una idea fija que obliga a sufrir.

La proporción entre las tendencias y la educación permitiría establecer varias *ecuaciones personales del amor*, caracterizadas por el equilibrio o desequilibrio entre el instinto y el sentimiento. Los términos extremos de la serie corresponderían a las formas anormales, pues la exclusividad del sentimiento o del instinto es igualmente contraria a los fines supremos del amor. Aunque ciertas morales teológicas presentan la castidad como una virtud y la voluptuosidad como un vicio, la naturaleza y la vida están contestes en reconocer que nada hay más semejante a este vicio que la exageración de esa virtud.

Esa desigualdad de la personalidad sentimental podemos tipificarla en caracteres representativos, modelos excelentes que nos presentan las grandes obras de arte, cuyo valor psicológico excede al de las mismas observaciones reales. ¿Podría la realidad ofrecernos un tipo más característico del amante imaginativo que Werther, o un erotómano más puro que Don Quijote? ¿Dónde hallaríamos una personalidad de más fuertes instintos amorosos que la de Don Juan, o un sensual más abyecto que Santiago Lantier? En Werther predomina la imaginación y en Don Juan los sentidos. En Don Quijote hay una idea delirante; el amor de Lantier es simple emotividad.

II. — WERTHER

Quien se haya conmovido en la adolescencia leyendo la historia sentimental del infortunado amante, no podrá escuchar sin emoción el nombre de Werther: tan firme en su rastro en la memoria afectiva de los temperamentos que simpatizaron con su desventura. Fundamentalmente dramática, la creación de Goethe presenta un acabado bosquejo psicológico del tipo amoroso en quien la excesiva exuberancia de la imaginación llega a paralizar las tendencias instintivas que sirven de base a los sentimientos.

En Werther, el pesimista, diríanse personificadas las angustias innumerables que han apenado a los amantes de todos los tiempos. No es Don Juan, ciertamente. No ama al amor, sino a una amada; carece del tacto que salva las dificultades y diríase que pone empeño en tropezar con todos los obstáculos; para ser feliz ensaya cuantos medios conducen a la infelicidad; goza de sufrir, tiembla de querer, muere de amar.

Inexperto en su pasión, con más de suplicio que de ventura, todo es en él dulce martirio, languidez, abandono de sí mismo, celos, desesperanza, — “Un désespoir où toujours on espère, — un espérer où l'on se désespère” — como definía ya Ronsard esta inquietud de perseguir una realidad sin la certidumbre de alcanzar su posesión. De todos los versos de amor leídos en vuestra juventud, pocos, acaso, os dieron una impresión más justa de ese estado de espíritu que los encantadores *A Ninón*, de Alfredo de Musset, aquellos que comienzan, ¿los recordáis?, “Si je vous le disais pourtant, que je vous aime...”; pero lo calla, lo tiene en secreto y jura gozarse de amar sin esperanza. Este detalle psicológico dice toda la diferencia entre Werther y Don Juan. Werther desea amar; Don Juan necesita ser amado. Werther anhela que lo martiricen; Don Juan quiere que se le entreguen.



Su historia la conocéis. En cartas que son pequeñas baladas en prosa, refiere Werther las delicias de la vida agreste en una aldea rural, donde se ha refugiado para curar de la fiebre urbana. Un día, sin preverlo, yendo a un baile con otras niñas, conoce a Carlota. Le previenen que ama a otro y está comprometida; pero él se enamora a pesar de todo y comienza entre ambos un idilio que ella fomenta con explicable complacencia. Llega el novio, Alberto, y Werther se hace su mejor amigo, naciendo un amor solamente perturbado cuando la boda entre Alberto y Carlota va a realizarse. Werther se ausenta, ansioso de atenuar con la distancia el sentimiento que pone fuego en su sangre; vano esfuerzo. Vuelve y reanuda su idilio; empiezan ya a celarse el esposo y el amigo. La intimidad asume proporciones peligrosas; la murmuración comienza a tejer su telaraña sobre los enamorados; Alberto acaba por pedir a Carlota el alejamiento de Werther. ¿Hay nada más legítimo? Werther decide irse, lejos, donde no sufra; después de una entrevista que descompagina su espíritu y el de Carlota, Werther se suicida con una pistola que el destino le hace enviar con la propia mano de su amada.

Sorprendería la continua imprudencia de Carlota, si Werther no fuera quien es. Carlota es un tipo exacto por su psicología: es una ilusa que cree en la intimidad espiritual, libre de toda complicación amorosa; a pesar de ello, si Werther fuera un poco Don Juan, Carlota habría acabado por entregarle la llave de su alcoba. No sién-

dolo, Werther espera de su amada lo que de ninguna es dado esperar; y como Carlota no le salta al cuello, Werther se suicida, víctima de su incapacidad para tomar lo que le pertenece desde mucho antes.

Hay un desequilibrio sentimental entre la imaginación y la voluntad, ciertamente, pero no verdadera erotomanía.

Werther, sin ser Don Juan, no se parece a Don Quijote. Se enomara de una persona real y digna de encender su pasión, que por su parte — no obstante su compromiso con Alberto — fomenta de todas maneras sus sentimientos, con estímulos más expresivos que las palabras: Carlota tiene su estilo para amar, dice que no y hace que sí.

La esperanza, aunque constantemente desesperada, existe, y ella es un factor imprescindible para el nacimiento del amor normal, como observaba Stendhal: es el complemento natural de la admiración. Carlota acepta las atenciones de Werther, agradece su solicitud, comparte sus gustos, le dedica todas sus horas, le confía sus secretos, teje con él una amistad sentimental, afecto equivoco que suele ser un simple puente hacia el amor. Acaban por amarse plenamente, sin duda. A Werther sólo le falta un gesto que complete su intención: "Sí, he tenido tentación más de cien veces de tomarla en mis brazos, de estrecharla contra mi corazón, de cubrirla de besos. Dios sólo sabe el tormento que se sufre mirando sin cesar tantos encantos delante de sus ojos, sin atreverse a tomarlos, ni a gozarse ellos; y, sin embargo, hacerlo sería un movimiento muy natural en el hombre. ¿No tratan los niños de tomar todo lo que les agrada y se presenta a su vista? ¡Y yo...!" Colocar a Werther entre los amantes platónicos implicaría llamar pureza al miedo. No hay sino miedo en su respeto de la mujer ajena. "Ella conoce, siente todo lo que yo padezco. Hoy ha penetrado su mirada profundamente en mi corazón. La he encontrado sola; yo no decía nada y ella me miraba fijamente. Yo no veía ya su hermosura seductora ni su espíritu brillante; todo había desaparecido a mis ojos. Estaba como fascinado por esa mirada sublime, llena de expresión del más vivo interés, de la más tierna compasión. ¿Por qué no me atreví a arrojarle a sus pies? ¿Por qué no osé lanzarme a sus brazos y responder a su mirada con mis besos y caricias?... Sí; ¡si yo pudiera expresar lo que en aquellos momentos experimentaba...; no pude resistir más largo tiempo, me incliné e hice este juramento: ¡Jamás osaré profanaros con un beso, ni profanar vuestros labios sobre los que jugueteen espíritus celestiales! — Y, sin embargo... yo quisiera... ¿Lo ves?... ésta es una muralla de separación que se eleva delante de mi alma... ¡Qué felicidad si...! ¡Y en seguida morir para expiar este crimen!... ¿Un crimen?"

Werther prefiere al placer el sufrimiento y renunciaría un minuto de emoción feliz por un año de ansiedad dolorosa. Acepta todas las inquietudes, busca todas las desazones: como que las lleva dentro de sí, en su temperamento. Es necesario haberlas sentido para comprenderlas, esas inquietudes. Esperar horas y días y semanas y meses la ocasión de decir a la persona amada lo que ella misma anhela escuchar, y no decírselo nunca; ignorar qué es de ella; dónde está, cómo, con quién, si comparte nuestra devastadora congoja, si piensa en nosotros como en ella pensamos, si en algún minuto nos olvida, si llora, si sufre como nosotros sufrimos y lloramos; esperar cartas que no llegan; celar de nuestra propia sombra, atormentados por toda palabra y todo gesto que no nos pertenezca de manera exclusiva; y dudar, sobre todo, dudar de un sentimiento

al que siempre nos consideramos inferiores, como si todo el universo se condensara en ese amor que sentimos tan grande, tan infinito e inacanzable que acabamos por creernos inmerecedores de tanta dicha...

*
*
*

Esa es la psicología del amante imaginativo, mezcla de angustias crueles y de suaves delectaciones, de ensueños, de fantasmas, de quimeras, aunque siempre objetivando el sentimiento en una realidad y anhelando la posesión integral de la persona amada.

Cuando Werther anticipa su última visita y lee con Carlota los poemas de Ossian — renovando la escena de Paolo y de Francesca, — la tierna emoción de ambos se afiebra con ardores de pasión incontenible. “Un torrente de lágrimas que brotó de los ojos de Carlota y alivió su corazón oprimido, vino a suspender la lectura de Werther. Este arrojó el manuscrito, tomó su mano y derramó sobre ella amargas lágrimas. Apoyada Carlota sobre el otro brazo, se cubría el rostro con su pañuelo. Terrible era la recíproca sensación que ambos sentían. Veían su propio infortunio en la suerte de los héroes de Ossian; lo sentían juntos y sus lágrimas se confundían. Los labios y los ojos de Werther devoraban el brazo de Carlota: se apoderó de ella un temblor, y quiso retirarse, pero el dolor y la compasión le quitaban las fuerzas, agobiaban su alma con un peso de plomo. Se esforzaba por tomar aliento, se sentía como sofocada, y con voz celestial rogó, conjuró a Werther que continuase la lectura. El se estremeció; temblaba; su corazón quería salirse del pecho”. Volvió a tomar el manuscrito y leyó en medio de sollozos un párrafo que le hizo estremecer de nuevo, por convenir exactamente a su estado de espíritu. “En el paroxismo de su desesperación la estrechó contra sus ojos y contra su frente, y en aquel momento atravesó por el alma de Carlota un presentimiento de su horrible proyecto; sus sentidos se turbaron, le tomó la mano, la estrechó contra su pecho, y en su dolorosa emoción se inclinó hacia él. Sus abrasadas mejillas se tocaron y el mundo entero desapareció a sus ojos. El la rodeó con sus brazos, la estrechó contra su corazón, y cubrió de besos ardientes y apasionados sus labios trémulos y balbucientes. ¡Werther!, le decía ella con una voz ahogada, ¡Werther!, y con débil mano rechazaba blandamente su pecho unido al suyo. ¡Werther!, exclamó al fin, con tono imponente y grave que expresaba el más noble sentimiento. El no insistió, la dejó desasirse de sus brazos y cayó a sus pies como fuera de sí e inanimado. Ella se lanzó hacia la puerta, y con la turbación más violenta, trémula de amor y de cólera, le dijo: — “Esta es la última vez, Werther; no volveréis a verme más”. — Se detuvo un momento, echó una mirada de amor sobre el desgraciado, y corrió a encerrarse en un cuarto inmediato”.

Fuerza es reconocer que Werther mereció su destino; nadie tiene derecho de no tomar a una mujer que se entrega. Carlota, como todas las enamoradas, habría perdonado cualquiera violencia, cualquiera injuria, todo, todo, menos esa cobardía suprema de abrir los brazos después de haberlos cerrado sobre el cuerpo de la mujer amada. Esa es la deshonra suprema para una mujer digna: haberse entregado sin la certidumbre de ser tomada.

*
*
*

Leed toda la segunda parte del clásico libro. Esas páginas no son elucubraciones del caballero andante sobre las bellezas imaginarias de su Dulcinea; son horas de amor, vividas; vibra en ellas el

sentimiento que anhela convertirse en acción, el ensueño embellecido por los estremecimientos de la realidad.

Werther no lo ignora. Antes de suicidarse escribe las líneas reveladoras de su incapacidad de tomar a la que sabe suya; "¡Oh! perdona, perdóname... ¡Ayer!... ¿por qué no ha sido ese el último momento de mi vida? ¡Criatura angelical!... por la primera vez, sí... por la primera vez, no puedo dudarlo; por la primera vez he sentido en todo mi ser un transporte delicioso, un entusiasmo celestial... ¡Me amas!... ¡me amas!... todavía arde en mis labios ese fuego sagrado que se desprendía de los tuyos... un nuevo delirio vuelve a apoderarse de mi alma... ¡Perdona!... ¡Perdóname!

"¡Ah! yo lo sabía, Carlota, que tú me amabas; lo he sabido desde la primera mirada en que se reflejó tu alma; desde la primera vez que tu mano se encontró entre las mías; y sin embargo, cuando yo me separaba de tí..., volvía a sufrir el tomento de la duda, y se encendía mi sangre.

"¿Y qué me importa que otro sea tu esposo? ¿tu esposo? Pero eso no es más que para el mundo; y sólo para ese mundo es un pecado amarte, querer arrancarte de sus brazos para estrecharte en los míos. ¿Pecado? Pues bien, por él me castigo a mí mismo. He saboreado este pecado en todas sus celestiales delicias; he aspirado con avidez ese bálsamo de fuerza y de vida, y he rociado con él mi corazón. Desde ese momento, ¡eres mía!... mía... Carlota!..." Momentos después escribió a Alberto, pidiéndole prestadas sus pistolas.

No es posible afirmar que en Werther callan los sentidos; lo único seguro es que no sabe dar el golpe de hombros decisivo para abrir una puerta que ya cruje sobre sus goznes. Tiene el deseo de la posesión y lo narra en palabras tumultuosas que expresan el hervor de su sangre; quiere amar de un amor integral, pero no sabe, no puede. En vano afirma su certidumbre absoluta de que es correspondido; el remedio de su enfermedad está al alcance de sus manos, lo ha tenido en ellas... Y prefiere morir, sin embargo, morir de un amor para el cual no sabe vivir...

*
*
*

¿Y Carlota? "Había dormido poco la noche anterior; todas sus aprensiones se habían realizado, y realizado de una manera que ella no podía prever ni temer. Su sangre, en otro tiempo tan pura, tan tranquila, se hallaba en una tumultuosa efervescencia, y mil sensaciones confusas desgarraban su corazón. ¿Era el fuego de las apasionadas caricias de Werther lo que ella sentía en su pecho? ¿era la indignación por su audacia? ¿era una penosa compasión de su estado actual comparado con aquellos días de paz y de inocencia, en que, exenta de todo temor y cuidado, tenía confianza en sí misma?... Por otra parte, ¿podía ella guardar disimulo con su esposo, ante el cual se había presentado siempre tan pura y transparente como el cristal, y al que jamás había ocultado, ni disfrazado, ni podido ocultar uno solo de sus sentimientos? Todas estas reflexiones la tenían sumida en un penoso embargo, y sus pensamientos venían a recaer siempre y continuamente sobre Werther, perdido ya para ella, pero a quien no podía abandonar, aunque era preciso dejarle abandonado a sí mismo; a ese Werther a quien nada quedaría ya en el mundo cuando la hubiese perdido enteramente".

Admitir este último es amar; toda mujer ama ya al hombre cuando le considera perdido sin su amor. Dante, en un solo verso,

escribió la psicología de esta situación sentimental: "Amor che a nullo amato amar perdona"... Hay un poco de hipocresía en suponer que Carlota hubiérase resistido a Werther para no faltar a sus deberes; ¿no había faltado ya bastante? ¿Por qué no suponer que se hartó de comprometerse por un cómplice indeciso?

Acaso más ofendida por el renunciamiento de Werther que atormentada por su amor culpable, Carlota entregó al mensajero las pistolas con que su amado se suicidaría. Ella no lo ignoraba. Su certidumbre era absoluta. Así se libertó de un sufrimiento que no tenía compensación...

Don Juan, más sencillo y más humano, habría hecho feliz a Carlota. ¿La pena de ser engañada por Don Juan habría sido más grande que el remordimiento de asesinar a Werther? La pregunta parece una tontería.

* *

Dejemos la novela y atendamos a la psicología del protagonista. Su amor es en todos los momentos un sentimiento idílico, idealización de la realidad a través de la imaginación. Tiene la simplicidad de esos amores que nacen al borde de una fuente, en las poesías pastorales; y tiene la obstinada inquietud con que los amantes tiernos saben volcar en cada beso las intimidades de sus corazones.

Si tenéis su mismo temperamento podéis comprender a Werther y simpatizar con él; sus lágrimas os conmueven, sus lamentos encuentran un eco en vuestro corazón. ¿Por qué timentan vuestra risa, en cambio, los quiméricos devaneos sentimentales de Don Quijote? Werther ama; Don Quijote delira. No os equivoquéis: Werther ama y desea, con toda su imaginación, pero también con sus sentidos; por eso es humano y nos interesa. Werther sueña con una realidad; Don Quijote persigue una larva. Werther habla de Carlota, como Musset habla de Ninon; Don Quijote delira de Dulcinea como Santa Teresa delira de Cristo. Aquéllos son dos amantes imaginativos; éstos son dos erotómanos insanos.

Cabe una distinción, sin embargo. En la voluptuosa santa, cuya psicología han estudiado los tratadistas clásicos del histerismo, el delirio erótico tenía, en verdad, una expresión sensual y fué muy distinto del casto erotismo imaginativo del hidalgo manchego; el lenguaje amoroso de Santa Teresa no revela precisamente una castidad insensible, mientras que el de Don Quijote es de una puridad absolutísima. Por eso todos los alienistas coinciden en diagnosticar a la santa una pasión histérica de los sentidos, mientras atribuyen al hidalgo un puro devaneo de la imaginación, el verdadero misticismo sentimental.

Tal pasión debe mirarse como un extravío. El llamado platonismo sólo es concebible como fase preliminar de un sentimiento que luego tenderá a transformarse en acción y a realizar sus fines; fuera de ese caso, frecuente en la experiencia de todo amador, el misticismo erótico es uno de tantos trastornos imaginativos que obsesionan el juicio y paralizan la voluntad.

* *

En la psicología de Don Quijote, que vive pensando exclusivamente en Dulcinea, sin desear una sola vez la posesión real de la persona amada, se realiza en grado extremo la fórmula que riñe con la lógica y con la naturaleza: erotomanía y castidad. Don Quijote pelea en honor de su dama, quiere enaltecerse para poner a sus pies una personalidad

más digna, la invoca en sus horas peligro y de heroísmo, la canta en los términos más exaltados de su retórica, pero nunca, en ninguna de sus palabras, traduce un deseo de posesión: jamás amenaza incendiada de amor entre sus brazos. Por eso Quijote es loco de imaginación, incapaz siquiera de concebir que un deseo pueda traducirse en acto, como si el ideal y la realidad se hubiesen divorciado para siempre en su espíritu constelado de quimeras.

Es el mal de los místicos sentimentales: confundir, sin sospecharlo acaso, lo absoluto y lo relativo, lo imaginario y lo real, el sueño y la vida.

Todos podemos llevar en nuestra imaginación un fantasma de ilusoria poesía; pero el sentido de lo real impide a los equilibrados caer en aberraciones que aniquilan la capacidad del amar. El misticismo del corazón — aun cuando llega a implicar un violento deseo moral — es el resultado de una ausencia o de una inhibición de las tendencias instintivas que sirven de base al sentimiento amoroso. Es un fracaso del amor, antes que un refinamiento; es una incapacidad y no una prueba de superioridad afectiva; no revela mejor educación sentimental, sino un desvío de su finalidad legítima. Despojado de los sofismas justificativos con que suele rodeársele, se reduce esencialmente a una incompletud, propia de espíritus desequilibrados. Y si hemos de creer a las personas de alguna experiencia, no hay desgracia más grande que ser amado por uno de esos jóvenes pálidos que "hablan" el amor, o por una de esas lánguidas doncellas que lo "suspiran".

Nos apartamos de Werther, como véis. Y podríamos apartarnos más aun, en el mismo sentido, recordando las mil formas que asume el misticismo sentimental en los internados, en los conventos, en las personas de edad senil, llegando a convertir en objetos del amor a seres inanimados. Refiere Ateneo que Ptolemón conoció a un griego violentamente enamorado de un Cupido de Praxiteles que se encontraba en Delfos; y si hemos de creer a Luciano, hubo en Cnidos un joven que se enamoró de la Venus praxitélea. Ejemplos modernos se conocen por docenas.

En el misticismo de esos Quijotes sólo hay locura, locura sin restricciones ni relatividad, locura absurda, insensata, inhumana, como todo falso ideal que desvíe el sentimiento amoroso hacia la aberración de la castidad.

El amor de Werther, aunque incompleto, es humano; el de Don Quijote no lo es. En aquél la exaltación del sentimiento florece sobre una realidad viviente y animada; en éste, la exclusividad de la imaginación lleva a la antítesis misma del amor, poniéndolo fuera de toda realidad posible y de todo ideal verosímil.

Don Quijote no habría podido morir por Dulcinea, aunque lo hubiera deseado. Werther puede morir por Carlota y toda la unidad psicológica de su carácter está en que sabe morir.

"Dámelo, Carlota; yo no tiemblo al tomar el horrible cáliz en que voy a beber la embriaguez de la muerte. Tú me lo presentas, y yo no titubeo. De este modo se cumplen todos los deseos de mi vida. ¡He ahí en lo que vienen a parar todas nuestras esperanzas!... todas!... en venir a estrellarse contra las puertas de bronce de la muerte".

Esa es la lógica de su temperamento.

III. — DON JUAN

Si fuera posible encuestar a las consabidas "mil y tres", todas, mostraríanse dispuestas a perdonarle su pasada liviandad, siempre que Don Juan consintiera en hacer de cada una, siquiera por media hora, la "mil y cuatro" de su lista famosa. Este sentimiento que inspira a sus cómplices sintetiza la psicología de Don Juan; al día siguiente de seducida, cualquiera de ellas, la novicia y la cortesana, le dice palabras en que el deseo sigue siendo más fuerte que el despecho: ¡te adoro, miserable! — ¿Miserable? Lo es, sin duda. Pero, sin duda también, adorado; el más adorado de los hombres.

Don Juan es un símbolo, evidentemente. El más incontestable de los derechos naturales, hollado durante la Edad Media en nombre de la superstición religiosa, resurge como protesta en la sociedad del Renacimiento. Hombres y mujeres comprenden que el "derecho de amar" debe ser respetado, y mientras las instituciones y las costumbres siguen obstruyéndolo, todos intentan ejercitarlo; hombres y mujeres, entiéndase bien, pues los Don Juanes serían inconcebibles si no existiesen mujeres dispuestas a que la seduzcan. El combustible está en ellas, esperando; Don Juan es la chispa. Seduce porque sus palabras interpretan el sentimiento de las seducidas; le escuchan porque habla a corazones sobresaltados por la necesidad de amar.

Don Juan es un revolucionario sentimental; su arma es la seducción. Coadyuva a su éxito una mentira convencional: se dice que "engaña" a las mujeres que favorece y de ello resulta que las "engañadas" no tienen la culpa, sino el "miserable". Así la sociedad sigue perdonando a las supuestas víctimas y execrando a los presuntos culpables, muy satisfechos, unas y otros, de su respectiva condición.

Contra los dogmatismos que obstruyen la vida sentimental de la mujer, coartando sus derechos de amante y de madre, Don Juan aparece como el ángel de la rebelión, instigador, justificador, redentor, apóstol, predicando los derechos de la naturaleza contra las coacciones de la sociedad. Es así, en efecto, cómo su tipo optimista se destaca en la literatura del siglo XIX; es un rebelde que se lanza a la calle y que juega alegremente su vida por un ideal. En vano la Iglesia le persigue, le condena, le cierra las puertas del cielo; las mujeres le entreabren las de su corazón, agradecidas a este admirador incansable de su belleza que tanta parte de su vida quema al pie de sus altares.

Los que han estudiado la evolución de la leyenda de Don Juan, como Gendarme de Bévotte, no han podido desapercibir la simpatía creciente que el tipo inspiró a los autores y a los públicos, al mismo tiempo que se han vuelto antipáticos sus perseguidores. En Tirso era un malvado; en Molière es un rebelde. Cuando llega a manos de Mozart está rebotante de gracia picaresca. La generación romántica se inclina a mirarle como un sacerdote del amor y de la belleza. Y, al fin, los individualistas y los nietzscheanos le preparan un pedestal, mostrándonos un Don Juan superhombre armado de cualidades excelentes para combatir contra todo lo que es rutinario y convencional.

Esos problemas de historia literaria, ciertamente entretenidos, no entran en nuestro programa. Nos referimos a Don Juan con un objetivo más modesto: examinar la psicología del amador en quien las tendencias sirven de base poderosa a los sentimientos, impidiendo que éstos sean paralizados por el desarrollo excesivo de la imaginación.

Hemos podido analizar la personalidad de Werther en la obra clásica de Goethe, que la bosqueja de manera inequívoca. No ocurre lo mismo con la de Don Juan, varia y múltiple, incesantemente renovada; preferiremos observarla en la vida actual, tal como la reflejan el teatro y la novela psicológica de los últimos treinta años.

No nos equivoquemos: se nace Don Juan, como se nace Werther. Exquisitez de los sentidos, intensa emotividad, rápida reacción a los excitantes amorosos, actividad fácil e intrépida, son cualidades naturales que aparecen en algunos individuos antes de llegar a la madurez, anticipándose a toda experiencia sentimental. La voluptuosidad se anuncia ya en el niño; se refiere de algunos que besaban a sus ayas como enamorados, aunque inocentes todavía de cualquier intención pecaminosa. Dura poco su ingenuidad; los compañeros de inclinaciones semejantes sirven de mentores a los que ya han sentido el aguijón del instinto, estimulando sus curiosidades más premiosas. ¿La educación corrige su temperamento? ¿El secreto es preferible a la revelación? ¿Qué hacer? Reconozcamos que para el minúsculo Don Juan es tan peligroso poner entre sus manos inexpertas la fruta del amor ya cosechada, como exagerar su prestigio con misterios que hacen más apetecible la fruta prohibida. Lo mejor es, sin duda, que una pasión precoz desarrolle sus aptitudes sentimentales, constituyendo así en su imaginación un eficaz contrapeso del instinto: más vale estudiar la dulce lección en brazos de una amiga apasionada que aprenderla envilecida por la domesticidad mercenaria. Cerremos la digresión: se nace Don Juan y es tan difícil desviarse de ese temperamento como adquirirlo cuando se ha nacido sin él. Sobre este punto existe una inteligencia inexplicable entre los que sufren la sed de amar: hombres y mujeres se reconocen de inmediato, sin equivocarse nunca. Así se comprende la fábula de las "Mil y tres", que está muy lejos de ser exagerada.

Los que han nacido con el temperamento de Werther no comprenden a Don Juan. Los maridos burlados, por su parte, han inventado que el "miserable" no ama a sus "víctimas", a las mismas que siguen adorándole. Ese vocabulario es hipócrita y gira en torno de un falso distingo cualitativo entre el deseo y el amor, el sentimiento y la pasión, como si fuese normal amor sin deseo, pasión sin sentimiento, o viceversa. Hay diferencias, sin duda; pero no son de calidad, sino de duración. Don Juan ama el amor, y es por eso la antítesis del mujeriego vulgar, que ama a la mujer; Don Juan desea conquistar, el mujeriego gusta de poseer. El simple esclavo de los sentidos es un vicioso y está fuera del amor; basta reflexionar un minuto para comprender que por cada mil viciosos que gustan de poseer, sólo hay un seductor que se compromete por conquistar. Don Juan ama siempre, juega su vida a cada instante por el objeto de su amor; éste cambia con frecuencia, es verdad, pero todos sus amores son apasionados y sinceros, aunque duren una hora. Don Juan, generoso con todas, no miente nunca cuando dice "te amo"; son sus adoradoras, las que, por egoísmo, le invitan a mentir, preguntándole: "¿me amarás siempre?" ¿Siempre? ¿Por qué? ¿Acaso la recíproca tendría sentido?

Don Juan es un amante voluble, pero es un amante. Su ensueño no es convertir el mundo en un serrallo y hacer de todas las mujeres sus odaliscas; anhela, cosa muy distinta, ser amado por todas las mujeres que ama, en el momento en que las ama. Su volubilidad podría ser una forma de galantería que le impide ser descortés con todas las mujeres para complacer el egoísmo de una sola...



Los moralistas artatufados le critican mucho; en el fondo, no lo dudan, más le envidian que le desprecian. Los que han contribuido a fijar su carácter en la literatura, le han concebido como un hombre superior: por su ingenio y por su astucia, por su clase y por su fortuna, por su rebeldía moral, por su valor. Todas las cualidades que son llamadas vicios por los que no las poseen, están sumadas en él; de ellas depende en alto grado la irresistible fascinación que ejerce sobre las mujeres. A pesar de las convenciones morales y de la educación simuladora, de cada cien mujeres ilustradas hay noventa y nueve que se sienten atraídas con violencia por el hombre experimentado. Creen que el demasiado corazón es el único culpable y miran su gula insaciable como un homenaje fervoroso a la belleza femenina.

Todas murmuran de Don Juan, pero ninguna hay que no lo desee. Las mujeres de temperamento viven esperándolo; si hablan mal de él no es por alejarlo, sino reprochándole que se entretenga en otras y difiera su llegada. Cada una desearía ser la primera, aunque más inteligente es la que prefiere ser la última. Y todas, cuando llega, le reconocen por un misterioso presentimiento de que la resistencia será inútil; se defienden sin convicción, cediendo a medias todo lo que el pudor rehusa cuando el corazón lo ha entregado ya.

El optimismo de que rebosan sus actos es una de sus fuerzas de atracción. Emancipado de prejuicios, ignora el sentimiento trágico de la fidelidad y de la virtud; si todo es bello y armonioso, ¿por qué afean la vida con preocupaciones que violentan la naturaleza, que van contra ella? Tiene la generosidad suficiente para no mezquinarse y es bastante atrevido para desgarrar las telarañas ilusorias del dogmatismo social. Ha medido la vida, sus dichas, sus penas; conoce su valor y da por ellas todo lo que valen, pero no más. Este doble ritmo de libertad y de expansión que vibra en sus actos, constituye el atractivo de su carácter para las criaturas humanas que están cansadas de esclavitud.

Si no es irresistible, es indudable que tiene aptitudes especiales para vencer resistencias que otros creen muy firmes. Conoce todas las pequeñeces que constituyen el preámbulo de cualquiera intimidad; mezcla lo sensual a lo patético, la ternura a la galantería; sabe poner deseo en las miradas y agresión en los suspiros; sus manos toman al mismo tiempo que sus labios piden. La mayor de sus fuerzas está en la confianza con que ejecuta lo que se propone, inmediatamente, sin dudar de su propia eficacia; se avergonzaría de ser indeciso, se creería cobarde si se detuviese en devaneos. Una falta de audacia pareceríale equivalente a una falta de dignidad. Jamás se perdonaría una torpeza, una equivocación en el procedimiento apropiado a cada caso. Pero, sobre todo, prefiere la seducción a la posesión misma, y en eso se distingue el verdadero Don Juan del vulgar "mozo de suerte", cuyas vecinas se olvidan de echar llave a las puertas, y tosen si tarda. Y debemos también distinguirlo del "dilettante en vicios" que para prolongar su amorosidad agonizante busca sensaciones raras y emociones nuevas. Don Juan tiene otra psicología. No se interesa por la mujer ni por el vicio, sino por el amor; ama para ser amado; y cuando ha sido amado busca que otra le ame; y otra; infinitamente.

Seductor, pues; seductor en el sentido más estricto del vocablo, excluyendo la idea de burlador, de engañador, de libertino. Seductor

por temperamento, seductor infatigable, cada vez más experto por el incesante aprendizaje. No seduce para hacer desgraciadas, ni concibe que la desgracia pueda seguir a la seducción; cree que da tanta felicidad como recibe y no comprende el "después" de las abandonadas. Quiere que le amen y para conseguirlo ama intensamente hasta ser amado. Eso es todo.

Se le reprocha la inconstancia, y a fe que no es Don Juan un arquetipo de fidelidad. Todos sus amores son sin después, sin lazos; no se resigna al hartazgo que viene con el hábito ni al disgusto que nace de la obligación. Su mariposeo es simple exceso de vida; su capacidad de amar a cien no puede satisfacerse amando a una.

* *

La leyenda de que sólo se ama una vez en la vida ha engendrado la concepción del Don Juan artífice de seducciones, sereno, impasible, calculador, que en sus partidas de amor manejaría los corazones como piezas de ajedrez, jugando la comedia del sentimiento, simulando la pasión, haciéndose amar sin amar él, operando como un sugestionador sobre sujetos hipnotizados.

Este falso Don Juan, que ha tenido expresiones artísticas, no es el Don Juan real cuya psicología nos interesa. El verdadero nació con el Romanticismo, que antepuso el análisis de su carácter a la crítica de las costumbres.

Con Mozart ya era alegrote y simpático, con más de niño terrible que de engañador perverso; tenía sus momentos sentimentales, tiernos y en su constante agudeza de ingenio resaltaban las picardías como victorias ganadas sobre las banalidades del amor burgués. En Byron se acentúan esos caracteres y se subraya su desdén de los convencionalismos, su desprecio de las hipocresías sociales. Su Don Juan no es ya un candidato al infierno, como el de Tirso o el de Molière, sino un hombre libre, afiebrado por la necesidad de amar, insaciable, múltiple: tierno y sensual, místico y violento, esclavo y dominador, casto y voluptuoso, un Don Juan que ha hecho del amor el ideal de su vida, y vive persiguiéndolo, amando siempre, amando más, amando a todas, sin satisfacer nunca ese ideal que orienta y anima su vida. De esa familia es el Don Juan de Musset, vehementemente perseguidor de un ideal insatisfecho.

Algunos escritores modernos, siguiendo la evolución romántica hacia el nietzscheísmo, han elaborado un Don Juan más estético, para quien amar es un arte de encantamiento y dominación, usado por un egoísta insaciable que desea a todas las mujeres y sabe hacerse amar de ellas. Otros, más realistas y mejores psicólogos, han intentado reconstruir la fisiología de un seductor-tipo, señalando algunos de los atributos más comunes en los individuos que representen más fielmente al Don Juan moderno. El autor de un curioso libro sobre "El Donjuanismo", afirma que los seductores son tipos llenos de vigor y de salud, más bien sanguíneos que nerviosos o biliosos; la gracia, la audacia, la elocuencia y la astucia, unidas a un don raro de adaptación, se unen para hacerlos irresistibles. No difieren mucho las siete cualidades que otros les atribuyen: valor, salud, generosidad, disimulación, insensibilidad, elocuencia y sensualidad. Se ha señalado una cualidad que es, sin duda, común a todos los seductores: "una elegancia nativa que se manifiesta en la actitud y en el tono, en la manera algo brusca y en la insolente espiritualidad con que trata a los demás sin ofenderlos, y en la soberbia comodidad que conserva en los trances más delicados".

En su aguda "Fisiología del amor moderno", Bourget ha dedicado algunas páginas a estudiar este tipo, en quien el instinto nace exaltado, conjuntamente con las aptitudes congénitas para la seducción. El "amante verdadero" no puede confundirse con el mujeriego que compra el amor como un artículo de distracción o de placer. Presenta rasgos característicos; es siempre amado, a los quince años, a los veinte, a los treinta y aun cuando se aproxima a la vejez. Nada le detiene cuando se trata de amar o de ser amado; siempre estará dispuesto a sacrificar sus deberes y sus intereses para seguir el llamado poderoso de su vocación... "De diez, ocho han sido más bien nerviosos que musculares, delgados y esbeltos más que vigorosos y atléticos; pero todos, en verdad, gozaban de ese temperamento que exterioriza una gran vitalidad. Comían bien y digerían mejor, teniendo además esa indefinible facultad de adaptación del movimiento que se llama destreza. En virtud de esa misma agilidad corporal vestían muy bien, sin preocuparse de ello, porque la elegancia que distingue al amante profesional no consiste en el corte del traje ni en la clase de la tela, sino en una especie de gracia que no se aprende ni se borra con los años", debida a cierta confianza y seguridad de sí mismo. La nativa exageración del instinto suele traer aparejadas ciertas aptitudes para la seducción y la conquista, que no pueden adquirirse. "Entre esos dones, algunos peligrosos y otros seductores, hay uno, sin el cual todos los demás no servirían para nada; este don es el tacto; pero un tacto determinado, un tacto que en él tiene algo singularísimo; es casi un órgano psicológico al servicio del instinto, y la educación no contribuye para nada a su desarrollo. El amante verdadero comprende a primera vista la influencia que ejerce sobre una mujer; sabe que hay en el mundo una clase a la que gustaría y otra a la que no gustaría por más que hiciese. Se dirá a sí mismo yendo solo, o en alta voz a cualquiera que lo acompañe: "ésta es para mí, aquélla no...", "y hablando o pensando de ese modo el verdadero amante se equivoca pocas veces". Fácilmente se advierte que la exaltación del instinto crea en la mentalidad del sujeto resortes psicológicos que coadyuvan a su más eficaz actuación.

Como veis, Don Juan es incapaz de nublar su amor con quiméricas aflicciones y se resobra como hombre de acción; en ambos aspectos es la antítesis de Werther. Tiene imán y adivina a las mujeres predispuestas a imantarse; cuando libra batallas está de antemano seguro de vencerlas. Werther, en cambio, es un perseguidor de imposibles.

*
*
*

Don Juan vive su risueña juventud como un enamorado insaciable y no como un sensual incapaz de amar. Termina sentimentalmente, aprende a sufrir por una y le sacrifica las demás. Así ha comprendido su carácter el siglo XIX; ya no es el instintivo puro de la leyenda primitiva, ni el amante monstruoso en quien todo otro sentimiento aparece inmolado a la obsesión de burlar. La transformación del tipo en la literatura comenzó con Lovelace, simpático ya, aunque desalmado todavía, mitad monstruo y mitad caballero, con algunas cualidades morales sobresalientes y talentos intelectuales no comunes. Ama con el último amor de Don Juan: "Lovelace no corre tras múltiples aventuras; persigue una sola, pero con inflexible tenacidad. Prepara su plan, lo desarrolla y lo ejecuta con una lógica rigurosa, estrechando lentamente su presa en sus redes, sin dejarle salida posible. En sus maquinaciones reúne la habilidad y la san-

gre fría del político que combina los acontecimientos, con la penetración del psicólogo que juega con las pasiones humanas y las hace servir a sus proyectos; tiene la firmeza del hombre de acción que marcha certeramente a su fin. Sólo usa esos medios para seducir empresas: podría ser un conductor de pueblos". Tiene, es cierto, bastante de esa malsindad egoísta que es común a los libertinos de todos los países; pero es distinguido y hombre de honor, luce un agradable ingenio, es elegante por naturaleza y tiene esa gracia física que es lo opuesto del estiramiento y la afectación. Pero, sobre todo, Lovelace adora a Clarisa y muere amándola; es ya bastante Werther, sin dejar de ser Don Juan.

Por eso fué simpático a toda la generación romántica; su capacidad pasional inspiró a Byron y a Musset. Un Don Juan incapaz de amar, mujeriego sin corazón, salteador de víctimas inexpertas, pudo concebirse en sociedades feudales que hacían gala de execrar el amor y de considerar como un pecado el más natural de los sentimientos humanos; Don Juan parecía el peor de los pecadores y era justo exornarle con las cualidades antipáticas que le acercaran más a las puertas del infierno.

Existen, evidentemente, sujetos sensuales y repulsivos que son la caricatura de Don Juan, como Don Quijote lo es de Werther. Son anormales e inhumanos, verdaderos retardados o degenerados afectivos. Quieren mucho y variado, sin apetecer lo selecto; a lo exquisito de mañana suelen preferir lo despreciable de hoy, a lo excelente difícil lo basto fácil; prefieren la belleza suculenta y estremecida a la fresca y rosada; a la ingenuidad tierna la pericia ajada. Poco nos detendremos sobre estos instintivos puros, cuya sensualidad sin sentimiento es una forma vecina de la locura moral. Es el "idiotismo sentimental" de Mesalina y nos basta mencionar a la siniestra voluptuosa que busca emociones sin ser capaz de la más leve predilección sentimental; podríamos recordar también las páginas admirables de Emilio Zola pintando en "La Bestia Humana" la psiquis payorosa de Santiago Lantier, en quien se equilibran profundamente todas las depravaciones, como si su inadaptación criminal se reflejara también en las torpezas del instinto encargado de prolongar la humanidad a través de los siglos.

En vano artistas eximios han descrito con destreza y maestría a esos atormentados de la carne; sus tipos resultan antipáticos y violentos. Recordad los más de los personajes de Gabriel D'Annunzio, locos de voluptuosidad casi todos, delincuentes pasionales los más de ellos.

Don Juan tiene otra psicología. Hay en ella cierta elevación y nobleza que equilibra sus defectos; nadie concibe un Don Juan cobarde, tonto o interesado. Nunca le confundiremos con el "Bel Ami" de Maupassant, afortunado mujeriego que aprovecha sus éxitos para hacer carrera; ni con "Sapho", que bebe gota a gota la dignidad de su Gaussin, el apocado "Don Inés" de la novela de Daudet.

Si el paroxismo de la imaginación puede llevar a los místicos sentimentales hacia la locura erótica, el desenfreno puro de los sentidos conduce a las más repulsivas formas de la degeneración moral. Werther se vuelve Don Quijote si no recibe algunas lecciones de Don Juan; y a éste no le basta ser Lovelace, pues si no aprende a ser un poco Werther se desmorona como un siniestro Lantier.

Bajo otro aspecto, podrían oponerse Werther y Don Juan. El primero se enamora lentamente, por "cristalización", como decía Stendhal; el segundo por "coup de foudre", por flechazo. Cada nuevo amor de Don Juan es un impulso hacia el objeto deseado por su imaginación. Si algo sorprende en él, es la desenvoltura con que trata a las mujeres que ama; no es desprecio, sino simple seguridad de conocerlas, confianza de no equivocarse. Si un episodio sucede a otro naturalmente, es porque su curiosidad es infinita; le tienta lo inesperado, lo extraordinario; no puede resistir ante lo inverosímil. Su audacia es serena y confiada; emprende sus conquistas con naturalidad, como esos domadores que entran sonriendo a las jaulas de las fieras.

Probable es que su psicología se parezca a la del domador, como se parecen dos gotas de agua entre sí, pues el verdadero secreto de ambos está en la creencia de que las fieras son esclavas del hombre y las mujeres del amor. Pero..., como nadie ignora, los domadores suelen terminar devorados en una jaula; de igual modo termina Don Juan, enamorado de una mujer, de la última. Como hay en su espíritu sentimientos sociales, estéticos e intelectuales perfectamente equilibrados, ellos imprimen a su personalidad ciertos caracteres que pueden servir de base a una verdadera y definitiva cristalización. Ante que se apague su capacidad de amar, Don Juan se enamora, en la acepción más sentimental de la palabra; y ante Doña Inés vemos "todo el altivo rigor de su corazón traidor que rendirse no creía, anhelando — como dicen los versos populares de Zorrilla — la esclavitud de su amor".

IV. — NI WERTHER NI DON JUAN

Digámoslo con perdón de Anacreonte: Don Juan y Werther son caracteres incomprensibles sin el atributo de la juventud. Si Werther no se suicidara tendría una vejez nostálgica, envenenada, maldiciente, como si la humanidad fuese culpable de su incapacidad de amar; Don Juan, si no muere en mitad de su carrera, acaba por enamorarse de la "mil y cuatro" y deja de ser quien fué.

La psicología de Werther es, sin duda, más femenina y más viril la de Don Juan; la mentalidad de Werther, que en un hombre inspira compasión, resulta en las mujeres un ideal adaptado a los prejuicios platonizantes de la moral cristiana.

Si hubiéramos de juzgarlos por su acción social, apartándonos de todo juicio ético sobre la significación del platonismo o de la sensualidad, Werther es un personaje más peligroso que Don Juan. Este, en el peor de los casos, será un bandolero consagrado a seducir todos los corazones que se le ofrecen, impelidos por la necesidad de amar; es un saltador de caminos que acecha las presas que le salen al paso, casi siempre sabiendo que él las espera. Werther, en cambio, con mejor intención si se quiere, causa estragos más hondos en los sentimientos ajenos, comprometiendo la paz de los otros con la locura de su pasión; su necesidad de emociones dramáticas le empuja hasta la tragedia. Don Juan es un pícaro risueño; Werther es un delincuente alevoso. Don Juan hurta al descuido; Werther envenena con abuso de confianza. Don Juan canta alegremente su serenata bajo la ventana de mujeres demasiado sensibles a su melodía; Werther mina sordamente la felicidad de hogares venturosos con los ayes entristecedores de su amor culpable.

La compasión que inspira Werther es la de los vencidos; Don Juan despierta envidias, como todos los vencedores. Werther es desequilibrado y sin voluntad; Don Juan es actuante y viril. Las mujeres que miran su hombre ideal como un dominador inteligente, prefieren siempre Don Juan a Werther. Una amante famosa, Jorge Sand, puso en boca de una madre perspicaz el voto sincero de que su hija fuese la última amada de Don Juan y no la primera Carlota de un Werther quejumbroso. Difícil es pronunciar fallo entre dos caracteres extremos; en la elección tendrían mucha parte el temperamento y el sexo. Los hombres parecen preferir una mujer con el corazón de Werther y las mujeres suelen optar por un hombre con la decisión de Don Juan. La oportunidad y las circunstancias pueden inclinar alternativamente las preferencias; Werther es aburrido y tonto en ciertos momentos; Don Juan es en otros desesperante y cruel.



¿Existe un amante complejo en quien se equilibren la ternura pesimista de Werther y la hombría optimista de Don Juan? La historia, tan rica de ejemplos como la misma leyenda, nos presenta algunas encarnaciones vivientes de ese arquetipo sentimental; todos conocéis alguno y paréceme el más significativo Alfredo de Musset, tal como lo inferimos de su biografía y de sus versos.

Su vida fué una complicada historia de amor, muchas veces reflejada en su obra literaria. Su psicología oscila entre los más bruscos extremos de Werther y de Don Juan. Es tierno, dulce, tímido, en sus versos *A Ninon*, cuando no osa afrontar la respuesta a la cuestión que agita sus dudas infinitas; y es masculinamente sensual cuando pone en boca de *Rolla* un llamado a la mujer que comparará su última noche de voluptuosidad.

Y fué alternativamente como sus versos. Amó como pocos, fué pirata y conspirador, seductor y víctima, obsesionado y escéptico, con tal riqueza de variaciones como pocos hombres podrán narrar en sus biografías.

Vivió su obra: para escribir versos de amor que tiemblen en las páginas de un libro es necesario sentir la fiebre perpetua de amorosas pasiones.

Recordad sus amores con Jorge Sand, poema vivido que iguala a los más extraordinarios forjados por la imaginación humana. Recordad que supo embellecer con su ingenio todo lo que amó, como si su vasto epistolario amoroso hubiera de conservar a través de los tiempos los ritmos de su corazón, fijados en páginas que son jardines de primavera eterna.

En los versos elegíacos *A Lucie* expresó un deseo para la hora de su muerte: "Mes chers amis, quand je mourrais, — plantez un saule au cimetière. — J'aime son feuillage éploré, — la paleur m'en est douce et chère, — et son ombre sera légère — a la terre où je dormirai". Fué la mano cariñosa de un poeta argentino, Hilario Ascasubi, la que dió cumplimiento al voto de Musset; llevó desde el Plata un sauce para que sus verdes ramas llorasen sobre la tumba del gran poeta y apasionado amante. Conservemos en nuestro cariño la memoria del cantor de Santos Vega, que tuvo el exquisito gusto de cumplir tan delicado voto sentimental.

El primer derecho de la vida es continuarse, indefinidamente. Los amores trágicos de Werther conspiran contra la humanidad, esparciendo en el mundo el *miedo de amar*; contra ese miedo se rebela incesantemente la *necesidad de amar*, simbolizada en Don Juan.

En la vida humana, como en la naturaleza, cada estación tiene sus frutos; justo es que Don Juan encuentre su camino al terminar su alegre primavera. El que sabe amar no debe morir como el suicida; llegado al estío sus sentimientos evolucionan, asegurando la perennidad de sus más nobles atributos.

Nada hay en su psicología que se oponga a esa interpretación optimista.

Del mejor amante la naturaleza hace el más tierno padre, para que renazca en sus hijos y les transmita la antorcha que alumbra el devenir eterno de la vida. Así podemos concebir a Don Juan convertido en el simbólico Pelicano: capaz de rasgarse el pecho y desangrarse para alimentar a sus hijos.

(1910).



**PIDASE A LOS VENDEDORES DE DIARIOS,
LOS NÚMEROS ANTERIORES**

Para uso propio
Para el hogar

Ofrecemos un conjunto insuperable de mercaderías, a precios y calidades sin competencia y en un surtido variadísimo, para Hombres, Señoras, Niños, Niñas y Bebés.

NUESTROS CRÉDITOS

A pagar en 10 meses
Desde \$ 50, hasta \$ 10.000

Se acuerdan con toda liberalidad, sin interés, comisión ni recargo en los precios. Pida informes en nuestras oficinas.

A. CABEZAS

CALLES SARMIENTO Y MARTÍN

BUENOS AIRES

LA CASA MAS CONVENIENTE PARA COMPRAS



Así como se ha comprobado que ciertas bellezas necesitan de las brisas marinas para reponerse y adquirir lozanía, así también ciertos organismos faltos de elementos para asimilar deben procurar su reposición usando

"SARGOL"

el cual contiene una combinación química que permite a los delgados asimilar [sin desperdicios los alimentos; habiéndose comprobado su eficacia en un aumento inmediato de carnes desde las primeras tomas.